

Houtart, François y Genevieve Lemercier, *El campesino como actor social. Sociología de una comarca de Nicaragua*, El Comején, Managua, Ediciones Nicarao, 1992, 188 pp.

JUSTO CUANDO LOS PROMOTORES de los modelos neoliberales en Latinoamérica se aprestan a actualizar las economías de sus países de acuerdo con los ritmos impuestos por los centros financieros y hacerlos compatibles con los lineamientos del Banco Mundial, la figura de un personaje emerge para que, con su simple existencia, complique los planes. Decimos que altera los planes porque, a pesar de que rema casi siempre contra la corriente, el campesino latinoamericano, nuestro personaje, ha dado muestras de una gran capacidad para sobrevivir y resistir las políticas que lo consideran un productor ineficiente y, por tanto, un estorbo para la modernización de la agricultura.

El campesino en los albores del tercer milenio representa un personaje que no se adecua a los esquemas en boga, de ahí la necesidad de modernizar su perfil económico, como dicen eufemísticamente los planificadores de estas políticas; pero en realidad lo que se quiere es su desaparición.

La existencia del campesino, a pesar del número de factores en su contra, nos habla de un mundo complejo que se niega a sucumbir y de un personaje todavía desconocido a pesar de la gran cantidad de estudios de que ha sido objeto. Afirmamos que es un personaje aún desconocido, entre otras cosas, porque en muchos análisis que se hacen de él se le considera más como objeto de estudio que como sujeto. Y, cuando se le llega a concebir como protagonista de los procesos sociales, se le aborda a partir de ciertos modelos que, de entrada, lo definen como conservador, como potencialmente revolucionario o como aliado natural de las clases centrales, etcétera, etcétera. Lo anterior quiere decir que pocas veces se le concibe como un actor de carne y hueso, como parte de una sociedad rural compleja y cambiante, y con capacidad de protagonizar sus propios procesos.

Esta manera de acercarse al campesino no ha sido suficientemente explorada. Como dice el doctor Pablo González Casanova, "En general cuando se estudia a los campesinos se les ve como parte de los problemas agrarios, o de los problemas rurales, o de los problemas agrícolas. Pocas veces se piensa en ellos como actores políticos".¹

Pensar a los campesinos como protagonistas de su propio destino no es una tarea sencilla. No lo es, porque la simple existencia del campesino en sí representa un gran reto para su comprensión. Su transformación como sujeto lo convierte en un sujeto teórica y políticamente incómodo.

¹ González Casanova, Pablo (coord.), *Historia política de los campesinos latinoamericanos*, tomo 1, Siglo XXI, México, 1984, p. 9.

Su constitución en actor hace que, como dice Teodor Shanin, “los economistas se lamenten, que los políticos suden y que los estrategas maldigan, destruyendo sus planes y profecías”.²

Ahora bien, esta incomodidad teórica y política que transmiten no es exclusiva de los planificadores neoliberales; también lo es para las fuerzas que aspiran a construir caminos alternativos a estas concepciones. Entre las fuerzas democráticas, esta incomodidad se expresa en una subestimación de sus capacidades, lo cual conduce en muchas ocasiones a atribuir a su condición campesina las dificultades de su expresión política en sindicatos y partidos.

No obstante que a lo largo de la historia de los países latinoamericanos el campesinado ha participado activamente en casi todas las luchas libradas, muy pocas veces se ha prestado atención a su dimensión política particular. Cada vez es más necesario esmerarse en esta cuestión, en virtud de que su actuación ha sido sumamente importante en los recientes procesos sociales. Aunque no siempre se quiera decir que en esta participación haya una coincidencia plena de sus intereses con los de los otros sectores sociales protagonistas.

Ante la complejidad que nos presenta entender al campesino como actor social, resulta sumamente aleccionador el trabajo que recientemente acaban de publicar François Houtart y Genevieve Lemercier; ya que justamente su fin es “complementar, en una perspectiva sociocultural, las investigaciones hechas en Nicaragua sobre la realidad campesina, que han sido numerosas y de diverso tipo, principalmente de naturaleza económica”.

El trabajo de estos investigadores belgas no sólo es interesante porque analice al campesino como actor que transforma su realidad; también lo es porque lo estudia durante el tránsito del régimen sandinista al neoliberal de Violeta Chamorro.

El libro es importante porque en ese afán de superar ciertas visiones esquemáticas sobre el campesino, lo aborda desde una dimensión sociológica, es decir desde su condición de actor colectivo que construye lo social. En este proceso de la construcción de lo social, los autores destacan la presencia de dos elementos centrales que definen al actor como un sujeto activo y que son: el papel de la conciencia y el conjunto de prácticas específicas.

Para los autores, la conciencia puede ser inmediata o refleja; esto quiere decir que puede ser “limitada al instante presente del acto cumplido” o bien puede “integrar la génesis y las consecuencias de la acción”.

En tanto que las prácticas pueden ser reproductivas o transformadoras: las primeras sólo repiten lo que se ha producido y las segundas combinan elementos existentes para organizar nuevas relaciones, vinculándolas a una transformación de las fuerzas productivas. Estas últimas suponen una conciencia refleja.

Desde esta perspectiva, los autores sostienen que las estructuras sociales son el resultado de prácticas institucionalizadas de actores que las producen o las transforman. Ahora bien, Houtart y Lemercier aclaran que los actores tienen

² Teodor Shanin, *La clase incómoda*, Alianza Universidad, Madrid, 1983, pp. 274- 275.

trayectorias distintas ya que se mueven en espacios naturales y sociales determinados. Esto significa que tienen una historia colectiva de conocimientos y técnicas de producción ordenados por sus relaciones sociales, que a su vez condicionan su conciencia y sus prácticas.

Para desentrañar la complejidad del problema de la acción social campesina, los autores sostienen que en una sociedad concreta no todos los actores sociales tienen la misma contribución al proceso de construcción social y que tampoco la realizan al mismo tiempo. Esto tiene que ver con las características individuales y con la posición que ellos ocupan, en un lugar donde sí se privilegian las acciones que obstaculizan la participación de otros. Por todo esto es que los actores sociales no pueden ser estudiados fuera del contexto general de las estructuras sociales.

Un aspecto que es importante destacar del citado trabajo es el acento que se pone a la cuestión de la cultura, ya que la consideran como un elemento central en el funcionamiento social; le prestan especial atención pues contempla, en su acepción más amplia, el conjunto de ideas y valores producidos por los actores sociales.

Esta manera de entender la cultura permite a los autores afirmar que su papel consiste en introducir la realidad natural y social en el campo de la conciencia, así como el acceso a la reproducción de las prácticas necesarias a la utilización de la naturaleza y a la construcción de las relaciones sociales.

La dimensión cultural es importante en el análisis de la dinámica social, pues sirve para entender los cambios de la sociedad. Por ello, no todo cambio social significa necesariamente una ruptura cultural y sí una transformación profunda. El cambio es, generalmente, el resultado de un proceso de “transición” —en palabras de los autores—; en un momento dado de la historia de una sociedad, las relaciones sociales correspondientes a una forma de organización de la producción, encuentran más dificultades para reproducirse, y a la vez surgen nuevas formas de organización de la vida colectiva. Los autores aclaran que su enfoque no es “culturalista” y que, en todo caso, pretenden abordar la cultura como uno de los elementos constitutivos del conjunto social.

Una vez que los investigadores aclaran los motivos que los condujeron a considerar al campesino como actor social, pasan a explicar los elementos teóricos que componen su enfoque: las condiciones materiales y culturales elaboradas históricamente; los modelos culturales o el conjunto de las representaciones de las relaciones del hombre con la naturaleza y de las relaciones sociales; finalmente, las prácticas que reproducen o cambian los estudios sociales. Todos estos elementos, establecen los autores, forman un conjunto dinámico y dialéctico.

Los autores reconocen que su trabajo no pretende abarcar el mundo campesino de Nicaragua. Se proponen observar cómo se construye la dialéctica entre el entorno material y social, los modelos culturales y las prácticas de los actores en un medio rural determinado. Este caso concreto es la comunidad de “El Comején”, comarca del distrito de Masaya.

Los investigadores parten de la idea de que el campesino es portador potencial de una acción consciente, en sus dos aspectos: el de su capacidad para dominar su

entorno natural y social para cambiar elementos de la naturaleza o de la sociedad con el fin de crear otros productos y otras relaciones sociales, y el del actor social que define sus prácticas frente a cambios estructurales en la macrodimensión.

Los autores insisten en la necesidad de estudiar así al campesino y parten del principio de considerar al campesino como un actor social que es potencialmente capaz de ejercer una acción transformadora sobre un entorno social y natural.

Ahora bien, para desentrañar las condiciones y los mecanismos por medio de los cuales los campesinos transforman su realidad, los autores organizan su libro en dos grandes apartados. El primero se llama "Las etapas de la organización económico social de la comarca", y la segunda, "El campesino como actor social y el cambio de la sociedad". En la primera parte, a lo largo de cuatro capítulos, los autores describen el origen de "El Comején" así como la forma en que el capital impone su lógica en la economía de la región. Además, explican el papel que, como promotor del desarrollo económico de la agricultura, asume el Estado nicaragüense en la etapa somocista, en la sandinista y en la que protagoniza Violeta Chamorro.

No obstante que el trabajo de investigación se realiza durante el tránsito del régimen sandinista al neoliberal de la UNO, Houtart y Lemercier hacen interesantes anotaciones en torno al comportamiento político-electoral de los habitantes de "El Comején" y sobre la actitud del nuevo régimen. Por ejemplo, demuestran que no hay una diferencia significativa entre los resultados electorales de 1984 y los de 1990: el Frente Sandinista bajó sólo en 1% su caudal electoral. Además apuntan que si bien no hay cambios notables en los primeros meses del gobierno de Violeta Chamorro, sí se observa una vuelta al sistema de alquiler de tierras con pago en especie propio del somocismo.

En la segunda parte analizan más detalladamente la producción cultural de los campesinos, como parte ideal de la construcción social, y centran su atención en las lógicas culturales. A partir de éstas, establecen varias categorías que a su vez servirán para definir diversos tipos de actores.

Los autores parten de tres lógicas culturales que establecen previamente (visión no transformada o cercana de la tradición; visión mixta y visión transformada). A ellas corresponden 6 tipos de actores: tradicionales conservadores, tradicionales revolucionarios y los que viven al día (éste grupo corresponde a la primera lógica); participativos sociales (que integran la segunda visión) y finalmente, críticos sociales y liberales (que pertenecen a la tercera visión).

Ahora bien, para establecer las lógicas culturales y los tipos de actores, los autores recuperan el análisis realizado por Erich Fromm y Michael MacColen en 1973, en nuestro país, y que tenía un sesgo psicológico, aunque con otro sentido.

Después de reconocer los tipos de actores que existen en "El Comején", Houtart y Lemercier dedican su atención a la familia rural y a las relaciones sociales en la comarca, estableciendo interesantes aspectos de la dinámica familiar, su vida cotidiana y la interacción de los grupos sociales con las instituciones y los líderes.

El trabajo de estos investigadores belgas es muy sugerente. Llama la atención sobre la complejidad de los procesos de cambio y las condiciones en que los cam-

pesinos participan en ellos, así como los obstáculos que tienen que vencer para convertirse en actores autónomos.

Si bien lo anterior es muy importante, también lo es no perder la perspectiva que hoy vive nuestro continente, ya que tiene que ver con las luchas por la democracia. Como lo dice Pablo González Casanova: "Cualquier democratización de América Latina pasa por el desarrollo de los movimientos campesinos en una dialéctica que no es campesinista u obrerista, sino de campesinos y obreros, pobladores y clases medias; y hasta de algunos ricos que se juntan a ellos, a los movimientos populares y al movimiento del pueblo en lucha por la independencia nacional y por la democracia revolucionaria, viejas luchas en que el indio y el campesino son pioneros y sin cuya presencia es incomprendible la historia de América pasada y actual".³

Sergio Samiento Silva

³ González Casanova, *op. cit.*, p. 13.